

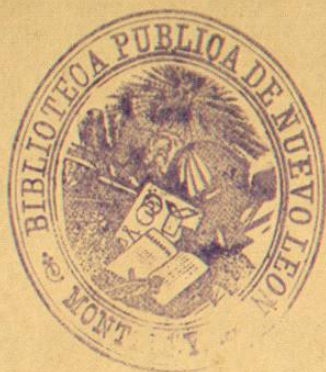
- - - CARLOS - - -

Thesaurizate autem vobis the-
sauros in celo. Mt. c VI, v. 20.

El amigo mío, lector benévolo, que hoy tengo el gusto de presentarte, es el hombre más simpático que imaginarte puedes: es alegre, franco, generoso, finísimo, encierra en verdad dentro del pecho un corazón de oro que imposible le sería disimular. Por eso he querido presentártelo, para que lo conozcas y pases un rato de agradable charla, y también, a qué negarlo, porque quizás aprenderás algo de su conversación que no por ser amena y juguetona deja de ser casi siempre provechosa; pues, créeme, mi amigo es hombre de gran experiencia, y la experiencia es la maestra de la vida con tanto derecho como lo es la historia, al decir del orador romano. Pues bien; ¡atención! y ¡punto en boca!

La primera vez que conocí a mi amigo, estaba el pobre en cama, presa de grave enfermedad que había sido bastante para postrar aquella naturaleza de bronce: daba compasión ver aquella cara macilenta comparada con los retratos tomados pocos meses antes, que representaban un hombre robusto en toda la plenitud de su vida. Pero si el cuerpo había sucumbido al golpe de maligna enfermedad, el ánimo, muy al contrario, se conservaba tranquilo y entero: la misma frescura, el mismo buen humor de siempre, el deseo continuo de charlar, a pesar de lo ya largo de la enfermedad, de lo molesto de la postura y de no gozar de otro panorama que el poco variado que ofrecen los termómetros, drogas y frascos de medicinas que en mesas y repisas se veían y son más que suficientes para hacer perder el humor al más pintado.

Al entrar yo en la lujosa habitación de nuestro enfermo, ¡qué bien lo recuerdo!, una mirada firme y



- 4 -

penetrante, mas llena toda de franqueza y amistad, fué lo primero que salió a mi encuentro: y, te puedo asegurar que me sentí impelido a estrechar la mano de aquel enfermo tan simpático, que con tanta benevolencia me brindaba su amistad: chocamos, pues, mutuamente nuestras palmas y quedamos amigos para siempre. Así lo tuve por cierto en aquel momento: pero a las pocas de cambio una agradable sorpresa, que imposible me será olvidar, vino a hacer doblemente grata y firme aquella amistad: porque él ya me había conocido años atrás y había tratado muy íntimamente a mis padres. Así es que, la amistad que a mí me parecía sólo una deuda de gratitud, era en realidad el descubrimiento de una antigua y estrecha relación en la ocasión inesperada que la casualidad, o, hablando en términos cristianos, la Providencia, me había deparado.

Desde entonces sentí un cariño verdaderamente profundo y un vivo interés por Carlos, que este era el nombre de mi nuevo y a la vez viejo amigo. Me lo comía a preguntas, como suele decirse, para saber donde había estado tantos años como habían pasado sin vernos, cómo le había ido en sus largos viajes fuera del país, qué suerte habían corrido sus negocios, todo en fin cuanto a él se refería; en especial preguntaba, como era natural, por su enfermedad, por el diagnóstico del facultativo, la mejoría que sentía, la esperanza de pronto restablecimiento; a todo me contestaba con gusto, contándome con espontaneidad hasta los últimos detalles de las cosas, con ese gracejo propio de quien tiene buen humor y sabe encontrar el lado ridículo en las cosas más serias del mundo. Había que oírle contar a él mismo, por ejemplo, una de las curaciones hechas por el médico en los momentos en que arreciaba la gravedad del mal, o las preguntas llenas de ingenuidad que dirigía a la hermana de la Caridad que velaba a su cabecera durante aquellas noches de terrible ansiedad para la familia.

Carlos tenía en verdad un alma buena y noble. Al ver aquella pobre Hermana que se pasaba con él noche tras noche cuidándole con la misma solicitud

- 5 -

con que una madre vela por la vida en peligro de su hijo querido, su corazón generoso no podía contenerse.

—Hermana, le decía, dígame qué desearía Ud. que le regalase; cualquier cosa que me pida Ud., tenga por cierto que se la daré al instante: deseo obsequiarle algo.

—Yo, respondió la buena religiosa, ¿Qué he de querer, si nuestro buen Dios me provee con abundancia de todo lo que necesito?

—Pero, vamos, alguna cosa que Ud. no tenga, un reloj de oro, por ejemplo, o cualquier otra cosilla por el estilo, que yo tendré muchísimo gusto en regalársela.

—Don Carlos, Ud. es muy bueno.

—Yo seré tan bueno como Ud. quiera; pero es el caso que no tiene Ud. más remedio que aceptar un regalo mío, un reloj de oro, o, si le gusta más por ser monjita, una medalla de oro mandada troquelar expresamente para Ud., con una bonita cadena, todo de oro.

—Pero, don Carlos, replicaba confundida la Hermana de la Caridad, ¿No ve Ud. que eso no puede ser?

—¿Porqué no ha de poder ser! Yo soy dueño de mi dinero y la cosa más fácil de este mundo es mandar troquelar una medalla; vamos, a mí no me gusta rogar mucho: Ud. tiene que recibir la medalla, insistía con voz varonil el enfermo: ¿Qué santito le gustaría a Ud. más?

—Don Carlos, pero si es que yo tengo voto de pobreza y me es imposible recibir nada.

—¿Eso sí que no lo entiendo! ¿Dice Ud. que por pobreza no puede recibir nada? ¿Todo lo contrario!

—No, contestó la Hermana, digo que por ser religiosa, por el voto de pobreza que tengo hecho a Dios, no puedo recibir nada.

—¿Cómo si hablase Ud. en ruso!.... Créame que no entiendo ni jota de lo que me dice Ud. ¡Caramba! ¡yo empeño en obsequiarle a Ud. con alguna cosilla para agradecerle de alguna manera todo ese cuidado que ha mostrado por mi salud, y Ud. empeñada en que no ha de recibir nada! ¡Ya no sé por dónde entrarle: si parece que está Ud. más blindada que un



- 6 -

acorazado! ; Ahora se defiende con ese dichoso voto de pobreza!

Rióse a más no poder la Hermana con esta salida de Carlos y, tomándole la palabra, le respondió con picaresca bondad:

—Dice Ud. bien, don Carlos, al llamar dichoso a mi voto de pobreza: precisamente hace poco nos decía el P. Capellán de la Comunidad, que debemos considerarnos como las mujeres más felices del mundo con nuestros dichosos votos de religiosas.

—A ver, le ruego me explique todo eso que está diciendo, porque yo debo ser muy tonto..... todo lo veo al revés.

—Y ¿qué quiere Ud. que le explique? lo poco que yo entiendo con sumo gusto se lo diré, decía sonriendo la complaciente monjita.

—Ud. me ha dicho que no puede recibir nada y que por eso es muy feliz; y yo repito que o Ud. está loca (dispensando la confianza) o yo veo las cosas todas al revés; ¡Feliz uno que no puede recibir ni un reloj de oro ni nada! vamos, que por ahí no paso. ¿Quién pudo meterle a Ud. en la cabeza semejantes ideas, o de dónde le vino esta chifladura de hacerse monjita enterrándose viva en un convento, con otras dos o tres pobrecillas mujeres engañadas por qué sé yo quién?

—Ni somos dos o tres, sino que somos muchas, ni estamos engañadas por nadie, sino que estamos muy por nuestra voluntad y bien contentas por cierto.

—¿Es posible! Pero veamos, pobre mujer, ¿en qué puede Ud. encontrar ese contento?

—Es que Ud. no ve más que las apariencias y no se fija en todo, por eso siente compasión de nosotras.

—Sí que la siento, y sobre todo por Ud., que me ha servido con tanto cuidado, decía Carlos con toda la sinceridad que le inspiraba su corazón naturalmente compasivo y generoso.

Carlos no era ningún incrédulo ni impío: era sencillamente un hombre de negocios que nadaba en la opulencia, que se había divertido siempre y que nunca se había puesto a reflexionar detenidamente lo que valen en realidad los bienes todos que el mun-

- 7 -

do puede ofrecer, y no acertaba a concebir que un hombre que estuviese en sus cabales, pudiese buscar la dicha de su vida en dejarlo todo y obligarse formalmente ante Dios con voto a no poseer como propias las cosas de la tierra. Pero si sus negocios y los viajes continuados por todas las grandes capitales de Europa, no le habían dado punto de reposo para considerar con atención lo que es esta vida, que tan halagüeña se le mostraba a Carlos: una maligna enfermedad vino a sacarle del golfo turbulento de los negocios del mundo, para postrarle largos meses en cama y dar tiempo a la reflexión. He llamado maligna a su enfermedad; pero ahora veo que he incurrido en notoria injusticia, pues no fué maligna sino muy bienhechora aquella dolencia que había de hacer llegar hasta la cabecera de nuestro simpático enfermo, aquel Angel del cielo cubierto con el hábito y la blanca corneta de Hermana de la Caridad. Pero perdona ya, lector paciente, mi charla con que he cortado el hilo del interesante diálogo entablado entre Carlos y Sor Angela; que te prometo dejarlos hablar a ellos solos, sin volver a cometer la falta de interrumpirlos.

—Siento, a la verdad, compasión por Ud., continuó Carlos, porque la veo tan buena, porque veo que se ha despojado de su libertad, de sus comodidades, de su familia, de todo...., porque lleva Ud. una vida que me parece insostenible, condenada a pasar la existencia en el Hospital al lado de un enfermo: De seguro está ilusionada Ud. con no sé qué imaginaciones.... ¡Pobrecilla! ; Y tan buena! ; Y tan joven!...

—Pero, don Carlos, Ud. todo lo ve por el lado tétrico, no mira las cosas como hay que mirarlas.

—Pues crea que no alcanzo a entender qué punto de vista habrá que tomar, para ver color rosa un hospital con sus apestados y sus muertos. Si Ud. tiene tanta habilidad como eso, más le valiera meterse a fotografía que, yo se lo garantizo, se llevaría tras sí a toda la multitud infinita de todas esas que quisieron aparecer de verdad, y no por mera sarcástica ironía, como pertenecientes al bello sexo.....



- 8 -

—; Todo lo toma Ud. a broma! póngase a pensar en serio y le parecerá otra cosa muy distinta.

—; Mujer tenía Ud. que ser para dejarse engañar tan miserablemente!

—Me parece que son bastantes los hombres que se hacen pobres religiosos como yo, y muchos que han sido cocineros antes que frailes.

—Sí, algo había de decir para responder a mi dificultad: pero viniendo al grano y respondiendo a mi pregunta de antes, ¿en qué encuentra Ud. la felicidad de esa vida que a mí me parece no otra cosa más que un solemne disparate o una locura digna de lástima? Hablando en plata (no sé si soy ya demasiado pesado o indiscreto), quisiera saber qué pudo moverle a Ud. a dejar su casa, sus padres, sus hermanos, para hacerse monja. Bien veo que fué un disgusto de familia, o, en algunos caracteres (no como el de Ud. por cierto), el huir de la sociedad por una especie de rareza y misantropía, o el querer sostenerse a pesar de todos los pesares en una vida a que siente repugnancia y sólo por haber tenido la mala suerte de decir *un sí* cuando era inocentilla niña, a todas esas mujeres tontas que tenían la imprudencia de alabarla y decirle que era muy buena y preguntarle si quería ser monjita y hasta regalarle un hábito muy bonito y un cucurucho muy blanco como el que tiene Ud. ¿No lo hubieran dicho delante de mí! Y, si no, vamos a ver, ¿Cuántos años tenía Ud. cuando se fué al convento?

—Veinte, bien cumpliditos.

—Bueno... entonces... a esa edad, ya comprendo, alguna contradicción.....

—Está Ud. viendo visiones: no hay nada de eso; motivos muy diferentes fueron los que me indujeron a abrazar mi vocación santa que debo sólo a la bondad de Dios, respondió con entereza aquella religiosa, aquel ángel en forma de mujer, no sin haber sentido antes sonrosarse suavemente sus blancas mejillas.

—¿Cómo pudo ser eso entonces? Explíquemelo Ud., no lo entiendo.

La religiosa se iba a explicar, en efecto, y se

- 9 -

iba a explicar muy bien: La humilde Hermanita de la Caridad que no se lisonjaba de ser ni una maestra burlada en filosofía ni una pensadora profunda, iba a dar a nuestro Carlos, sin darse cuenta de ello y con la mayor naturalidad del mundo, una profunda lección de filosofía, de esa filosofía que no por estar expresada en forma sencilla y despojada del tecnicismo de la dialéctica de las escuelas, tiene menos fuerza que la que nos presentan los libros en una larga serie de bien eslabonados silogismos: la filosofía del sentido común, la filosofía que debe ser el patrimonio de todos los hombres. Y como Carlos, es verdad, no tenía gran preparación filosófica, pues, como él mismo lo confesaba, los libros le parecían bastante insípidos y si alguna vez era tan valiente que se atreviera a empezar uno, jamás se había visto con humor para terminarlo; pero era hombre dotado de gran sentido práctico que no se entremetía a hablar de cosas que no supiese, que no tenía inconveniente ninguno en mudar de parecer tan pronto como alguien le mostrase con razones que se había equivocado en el que antes sostenía. Además, su continuo trato en el mundo con toda clase de personas, así, como también su espíritu observador, le habían dado conocimiento claro de lo que es el hombre: a él no le daban gato por liebre, según la expresión del vulgo; conocía a las mil maravillas cuándo uno hablaba por ficción o cumplimiento y cuando estaba en realidad persuadido de las ideas que defendía. Pues bien, en las respuestas todas de Sor Angela, una cosa le había llamado poderosamente la atención: ¿qué firmeza y qué convicción mostraba aquella débil mujer al contestar a sus objeciones! Si parecía que nada le caía de nuevo, si parecía que mil veces había oído objetar aquellas dificultades y mil veces las había hecho pedazos con igual facilidad que ahora. El mismo Carlos llegaba a decirse a sí mismo, aunque sin mostrarlo al exterior: ¿habrá algo de verdad en lo que dice esta monjita y yo no habré caído en la cuenta?; aquello que a mí me parecía una locura ¿tendrá quizás alguna ventaja que a mí se me escapa? pero... y ¿qué puede ser? Esta duda y esta curiosidad le ur-



gían con vehemencia a pedir sus luces a aquella sencilla Hermana de la Caridad; y así, disimulando hábilmente su duda o turbación y con tono festivo y alegre le dijo:

—Ya puede Ud. empezar, buena Hermanita, su explicación, que por lo que a mí toca, estaré más quieto que cuando estaba aprendiendo el silabario, no por el gusto que tuviera en deletrear, sino por el par de sabrosas manzanas que nos enseñaba la maestra como término feliz de una lección bien dada. Así que soy todo oídos.

—Pero, por Dios, don Carlos, Ud. me exige demasiado: yo no sé engañar; a lo más, lo que puedo hacer es contestar a las preguntas que Ud. me haga, si son fáciles; ¡pero eso de enseñar! ¡si yo nunca he sido maestra de nada!

—Pues hágase la cuenta que hoy *debuta* Ud. y que tiene delante de sí al discípulo más tonto que pueda imaginarse. Y por cierto no andará muy lejos de la realidad, porque en cuentas algo entiendo, pero en cuestión de monjas, ni palote.

—Y ¿qué quiere Ud. que le diga?

—Sencillamente, qué fué lo que la movió a hacerse monjita.

—Se lo contaré a Ud. todo, por más que a mí no me gusta andar hablando de mis cosas; pero, en fin, ya que Ud. me lo pide... quiera Dios que sean de provecho mis palabras. Pues bien, la principal razón que me hizo resolver a abandonar el mundo, fué un deseo vehemente, intensísimo, de mi felicidad.

—¿De veras!

—Tenga Ud. paciencia, todo se verá. No había aún cumplido veinte años, cuando ya tenía la cabeza llena de ilusiones y fantasías: sentía una como sed de ser dichosa y no pensaba todo el día sino en los castillos en el aire que mi imaginación me hacía soñar como realidades de mi porvenir... Pero Dios N. Señor quiso iluminar mis pasos... Fué el caso que una prima mía, a quien trataba íntimamente y que se hallaba en condiciones parecidas a las mías, cayó enferma y murió cristianamente a los pocos días: yo la asistía continuamente y pasábamos las dos largos

ratos, hablándome sobre todo de lo que podría suceder con ella, tan enferma como estaba... todavía recuerdo, lo triste que se ponía sólo con imaginarse que se pudiese morir, teniéndolo que dejar todo, a sus padres, a sus hermanas, siendo arrancada de esta vida de la cual apenas empezaba a gozar y que se presentaba tan llena de esperanzas... ¡Pobrecita! ¡cuántas veces lloraba sin encontrar consuelo en nada de lo que oía a los demás hablar delante de ella, con el fin, vanamente disimulado, de animarla y que no sufriese: que el médico la había encontrado muy mejorada, que iba a recetarle una medicina nueva cuyos resultados magníficos estaban patentes en casos más desesperados, que la calentura había bajado, que el semblante era mejor que en días pasados, que el pulso... que el tiempo... Pero todo esto, lejos de tranquilizarla, la inquietaba más; y si bien a todos respondía con una sonrisa que su delicadeza sabía hallar en medio del dolor, a nadie creía, y su aflicción aumentaba más y más a medida que oía repetir las mismas cosas. Su imaginación no la dejaba un momento, todo lo veía negro, se figuraba estar ya muerta y amortajada en la cama y al verme sentada junto a su cabecera, se asia fuertemente de mi mano y me suplicaba con las lágrimas en los ojos que no la dejase sola: yo le prometí que no me apartaría de ella ni un instante; pero a la verdad no sabía que cara ponerle, si triste para significarle la pena que sentía, o si alegre para reanimar su espíritu abatido; una idea cruzó rápidamente por mi mente: hay que animarla, me dije a mí misma, pero no con engaños y falsedades, hay que decirle la verdad, toda la verdad: que ella es más que suficiente para alegrar el corazón más agobiado de tristeza, y, levantándome de repente le dije con aire resuelto: ¿Crees tú en la otra vida? ¿Crees tú en Dios?—Firmísimamente, me respondió con voz entera y con aquel acento profundo con que habla de Dios una alma que está en el borde de esta vida y que siente romperse uno a uno todos los hilos que la ataban a la tierra.—Pues si crees en Dios, ¿por qué te afliges? Pongamos que sucede el caso que te pa-